

Un Sueño Maravilloso

Cuento de Pascua



Por Santiago Arellano Yturria

I

Faltaban pocos días para la Navidad de 1922, y ya parecía que se estuviese en plenas Pascuas, a juzgar por la animación que reinaba en las calles comerciales de Manila, cuyas amplias aceras eran insuficientes a contener el gentío que por ellas transitaba, muchedumbre heterogénea y pintoresca de ociosos y compradores de toda laya, que entraban y salían de los establecimientos o se detenían ante los escaparates arreglados para la ocasión con el mayor arte posible y con los objetos y arrequis de rigor: musgo artificial, colinitas nevadas, portales de Belén, figuritas de nacimiento, y como presidiendo todo aquel maremágnum de chucherías, el exótico árbol de Noel, tan querido de los pueblos sajones y cuyo significado ignoramos la mayor parte de los católicos.

Entre los transeúntes que discurrían por las calles, y en particular por la Escolta, veíanse muchos niños acompañados de sus padres, a quienes no dejaban punto de reposo con sus insistentes peticiones de que les compraron cuanto veían. A menudo salían con la suya, y era de ver el contento de las criaturas al salir de los bazares con sus caballitos de cartón, soldados de plomo, cornetas, tambores, pelotones o muñecas, según el sexo de los pequeños compradores. Pero como en este pícaro mundo no basta ser niño para ser feliz, no faltaban, antes bien abunda-

ban los chiquillos desharrapados que, sin más compañía que su curiosidad excitada a la vista de las para ellos inasequibles maravillas, rondaban las tiendas enormes y fascinadoras como sucursales de una fábrica celeste.

A la caída de la tarde de uno de aquellos días, en uno de los establecimientos mejor surtidos de la Escolta, penetró un caballero de unos treinta y cinco años de edad, llevando de la mano una niña muy mona, morenita y vivaracha, que debía de ser su hija, pues se le parecía sobremanera. Aun cuando los presuntos padres e hija eran filipinos, el color de su tez y cierto porte de mesurada corrección, sin amaneramiento, daban a entender al observador que habían vivido mucho tiempo fuera de Filipinas.

Mientras la niña, bajo la mirada complaciente del papá y del dependiente, elegía una muñeca y otras menudencias de celuloide, premiosa e indecisa ante tal balumba de juguetes, uno de los arrapiezos de que antes hablamos, casi de la misma edad que la chiquilla, la contemplaba desde la puerta de la calle con un embelesamiento rayano en éxtasis. Cuando la vió penetrar en la tienda con su trajecito de seda rosa y sus zapatitos charolados, sobre los que caían graciosamente los calcetines arrollados al uso americano; cuando vió aquella carita infantil de rasgos finos y ojos negros y dulces, encuadrada por una melenita del mismo color, experimentó

como un deslumbramiento; olvidó los juguetes, su pobreza, su pantalón corto raído, su camiseta deshilachada y hasta su hambre crónica, exacerbada con la contemplación de los restaurantes y confiterías, abastecidos en aquellos días de vísperas de Navidad como si fueran a celebrarse por segunda vez el festín de Baltasar o las bodas de Camacho. Y él, que no había conocido ni padres, ni caricias, ni bienestar alguno, se sintió penetrado de un sentimiento de ternura indefinible hacia aquella niña, a quien nunca había visto hasta entonces.

Pero su delicioso embausamiento llegó pronto a su término. Padre e hija salieron de la tienda sin reparar al parecer en el chucuelo, cargados de paquetes, y subiendo a un lujoso automóvil que a la puerta les aguardaba, desaparecieron. El rapaz siguió con la mirada el coche hasta que se perdió de vista, y echó un último vistazo al escaparate, pero ya sin el entusiasmo de antes. Ya no quería juguetes. Su almita de huérfano había despertado de pronto, pidiéndole algo más difícil de adquirir que los tambores y los caballos de cartón: la amistad, el afecto de aquella niña tan bonita.

En un rincón del escaparate se destacaba un portal de Belén cubierto de nieve, con su correspondiente pesebre, su mula y su buey. Sobre un haz de heno aparecía el Niño Jesús desnudito, y a ambos lados, inclinados amorosamente hacia el Salvador, San José y la Virgen. Momentos antes, cuando aún no había visto a la niña, el chiquillo, comprendiendo vagamente lo que el santo retablo significaba, se dijo mentalmente mirando al Niño-Dios: «Pobrecillo, qué frío de-

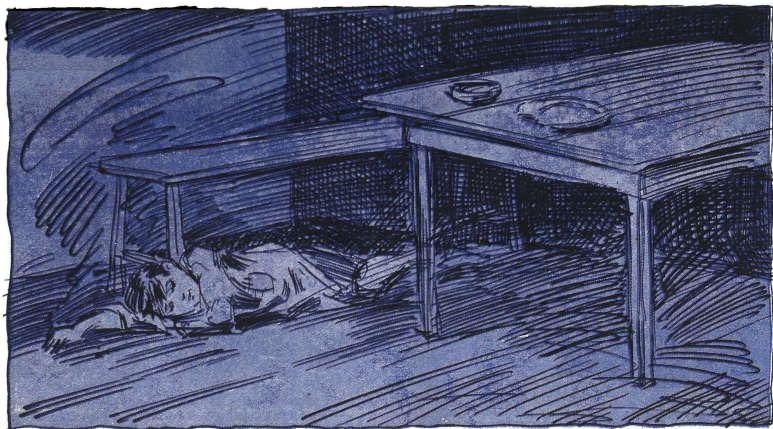
bió de pasar cuando nació». Al fijarse ahora por segunda vez en el portalillo, se acordó de su primera impresión, pero, cosa extraña, el frío que atribuyera al Redentor del Mundo, lo sintió dentro de sí, como si algo glacial y punzante le atravesara el pecho, y se alejó de allí con el corazón entristecido, hambriento y miserable, con unas ganas muy grandes de llorar...

II

Doce años antes de la época a que se refiere el anterior capítulo, y cerca asimismo de la Pascua de Navidad, cuatro amigos que estudiaban en la capital la carrera de ingeniería, todos ellos provincianos y de buena posición, resolvieron pasar en Manila las vacaciones, so pretexto de adelantar los estudios, pero en realidad para disfrutar de unos días de holgorio y de bullanga lejos de la fiscalizadora mirada de sus mayores.

Conocedores, como todo buen filipino, de las costumbres de su país, desde mediados de Diciembre en que comienzan la populares misas de aguinaldo, se dedicaron a recorrer las principales parroquias, vestidos con el típico *barong tagalog*, para mejor confundirse y ponerse a tono con la juventud alegre que en bulliciosos grupos acude a las iglesias a las cuatro de la madrugada, sin curarse del fresco que suele hacer en tal mes y a tales horas.

Sabido es que en estas misas de aguinaldo, hermanas menores de la de Nochebuena, en las que se cantan villancicos y se tocan sonajas y panderos, la devoción de los concurrentes masculinos se reparte equitativamente entre el culto de





Delicioso conjunto formado por las simpáticas y bellas «coeds» de la Universidad de Filipinas, en una de las fiestas organizadas por dicha universidad.

MILES DE REGALOS

EN

EL ESTABLECIMIENTO DE MANILA PARA FIESTAS SEÑALADAS



TRENES ELECTRICOS—Con su locomotora eléctrica, vagones de pasaje y carga, rieles, desvíos, túneles y todo lo que pueda interesar al niño.

JUGUETES DE ACERO—Automóviles, camiones, bombas de fuego, etc., de gran tamaño y fuertes, que pueden resistir el juego más duro. También juguetes para «construir», que enseñan al niño a ser habilidoso.

MUÑECAS!—Preciosas muñecas de todos los tamaños para delicia de las pequeñas «maitas». Entre las muñecas hay hermosas creaciones, que hablan y duermen.

TENEMOS JUGUETES BUENOS Y DURADEROS A TODOS LOS PRECIOS

HAGA SUS COMPRAS ANTES
DE QUE COMIENZE EL MO-
VIMIENTO INTENSO DE ES-
TAS FIESTAS.

TOME EL ASCENSOR PARA
EL SEGUNDO PISO—“EL
PARAISO DE LOS NIÑOS.”

PHILIPPINE EDUCATION CO., INC.

101—ESCOLTA—103

Dios y el de las *dalagas* de buen ver, de cuerpo menudito y expresivos y acariciantes ojos negro, que constituyen la concurrencia femenina y que son, indudablemente, la causa principal del maridón de aquéllos.

Los cuatro estudiantes, a las dos o tres misas que oyeron, cobraron tanto gusto a la iglesia, que parecía les había entrado la vocación religiosa de repente y que iban a cambiar los logaritmos por la teología. Lo que en verdad sucedía era que se habían prendado de otras tantas *dalagas* igualmente agraciadas y peripuestas, quienes, creyéndoles de su misma clase, no les ponían malos ojos. Pero de aquí no pasaban. Sonreían a sus sonrisas, escuchaban con agrado sus requiebros y hasta se dejaban acompañar un buen trecho a la salida. Esto era todo. Y así pasaron los días y pasó la Navidad.

Viendo que la conquista de sus respectivas damiselas no era cosa tan mollar como en un principio supusieran, fueron uno a uno desertando del campo, dejando solo a Miguel, el cual, más apasionado y avispado que ellos, prosiguió el asedio de aquella resistente fortaleza vestida de *balintawak*, que acabó por rendirse, vencida por el que pudiera llamarse argumento Aquiles de las lides amorosas: la promesa de casorio. Desde luego, esta promesa no fué más que un ardid del joven; pero como el tiempo consolida muchas cosas, lo que empezó por un capricho terminó en afecto verdadero, y Miguel, compadecido y enamorado ya de veras de la muchacha, determinó legalizar la situación, casándose con ella civilmente y en secreto, para no dar un disgusto a sus padres.

Enterados sus amigos de lo que se proponía hacer, pensaron que aquel casamiento desigual no convenía a Miguel y que echaría a perder su carrera, y así se lo dijeron. Pero viéndolo irreductible a los consejos y firme en sus trece, sin pensar que lo que hacían no era justo ni caballeroso, escribieron una carta a los padres de su amigo, a fin de que impidieran la unión.

Así las cosas, el día concertado para casarse, cuando Miguel se vestía para ir al municipio con su prometida, recibió un telegrama urgente de su padre en el que le decía que su madre había sufrido un grave ataque cardíaco, y que embarcase en el acto si quería encontrarla viva.

Tan tremenda e inesperada noticia dió al traste con el enlace.

No sabemos si fué cierto o no lo que decía el telegrama. Es de creer que no tuvo más objeto que separarle de la muchacha, por cuanto que, un mes después, regresó a Manila en compañía de su padre, que no le dejó un instante solo hasta que lo vió embarcado en un *President* de los que hacen la travesía entre Manila y San Fran-

cisco. La autoridad paterna, poco sentimental, creyó conveniente que el muchacho terminase los estudios en los Estados Unidos.

Miguel y su prometida ya no se vieron más.

III

Volvamos ahora por unos momentos a ocuparnos del niño que encontramos en la Escolta en tan lastimoso estado. Vivía en un sórdido tabuco del barrio de San Nicolás con la familia de un pobre cargador del muelle, cuya mujer era tía carnal del chico, a quien recogieron a los dos años de edad, que fué cuando murió su madre. Como el matrimonio tenía varios hijos pequeños y los ingresos del marido no bastaban casi a mantenerlos y vestirlos, mal podían cuidarse del huermanillo. Contento que le permitían dormir allí bajo cubierto, dándole las sobras de la morisqueta familiar y alguna ropilla arreglada con las ropas desechadas por el cargador.

Aquel día de vísperas de Pascua, embebecido en contemplar las tiendas atiborradas de juguetes, primero, y después en admirar inocentemente a la niña, se retrasó tanto en volver a su chibritil, que cuando llegó estaban todos durmiendo y no quedaba un grano de arroz en casa. Conociendo por experiencia que el mejor remedio contra el hambre, a falta de alimento, es el sueño, se echó en el suelo cuan largo era, y se quedó dormido.

Y he aquí que tuvo un sueño. Y soñó que una fuerza misteriosa le transportaba por el espacio a un país desconocido, dejándole caer suavemente en un bosque gigantesco, donde los árboles eran más grandes que el baobab y de cuyas ramas se desprendían sazoados y sabrosísimos frutos, que él engullía con indecible placer. Mariposas y pájaros multicolores revolaban en torno suyo, poblando el aire de belleza y armonía, los unos con sus trinos, las otras con su poliermía de flores aladas. Todo aquello era tan hermoso, que el niño no sentía el curso del tiempo. Pero, inconscientemente, echaba en falta alguna cosa, no sabía qué. En esto, oyó a sus espaldas una risita reprimida. Se volvió, y, ¡oh pasmo!, vió a la niña bonita de la Escolta que le miraba sonriente y que parecía gozarse de su sorpresa. Pasado el primer instante de estupor, quiso el niño hablar, pero le atajó ella, diciendo:

—¿Me conoces? Soy yo, sí, la niña que admirabas ayer tarde como un bobo. Yo no podía hacerte caso, porque estabas muy sucio y mal vestido. Pero ahora puedo ya jugar contigo y quererte como una hermanita, porque eres otro... No, no es esto lo que quiero decir: eres el mismo, pero tu traje y tu figura son mejores.

Oyendo esto, el niño se miró y se percató de que, en efecto, se encontraba vestido como los

niños de los ricos. Este descubrimiento le causó tal placer, que toda su timidez desapareció de su ánimo al instante. Cogió una mano de la niña entre las suyas, y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Berta; ¿y tú?

—Sebastián.

—¿Quieres jugar conmigo ahora?

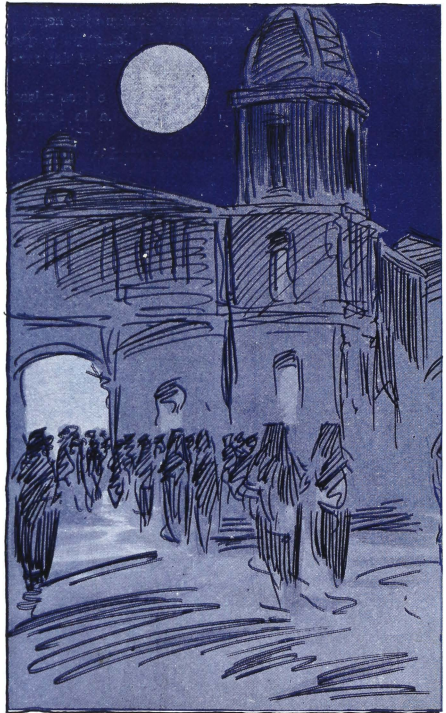
—Ahora y siempre; no quisiera separarme de ti nunca... Me moriría.

—No temas; no nos separaremos más.

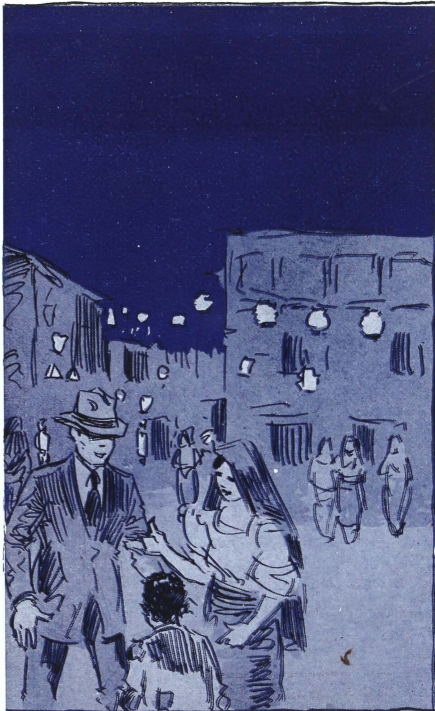
En aquel momento pasaba sobre sus cabecitas una linda mariposa, y los dos niños, dando gritos de alborozo, se lanzaron en su persecución a través de la selva, tronchando las flores que tapiaban el suelo por todas partes dándole la apariencia de una alfombra maravillosa.

Corriendo y jugando, se les pasó insensiblemente el día. A la tardecita, cuando las sombras precursoras de la noche comenzaron a tender sobre los árboles su telaraña de crespones, y los pájaros se acogieron a sus nidos, y los insectos dieron principio a su nocturna sinfonía de susurros, los dos niños tuvieron miedo y trataron de salir de aquel laberinto vegetal. Corrieron y corrieron, cogidos de la mano, sin dirección fija, a la ventura, tropezando aquí, cayendo allá, temblorosos de temor y llenos de rasguños por sus caídas sobre las zarzas. Imposible encontrar la salida. Desesperando de salir de allí, rendidos de cansancio, se dejaron caer sobre la raíz saliente de un árbol descomunal, donde abrazados estrechamente, los envolvió la noche. Así estuvieron mucho tiempo. Nada veían a dos pasos de sí, pues la oscuridad era completa. No sabían dónde estaban, ni qué clase de misteriosos peligros les amenazaban, lo cual aumentaba su zozobra, llenándoles de esa angustia expectante que infunde en el alma la inminencia real o aparente de todo peligro desconocido.

Por fin salió la luna, una luna en menguante, fría y adunca como la hoz de un segador invisible que amenazara a los niños desde lo alto. A su acerada claridad, Sebastián y Berta vieron frente a ellos una explanada de aspecto desolado, en la que por toda vegetación se divisaban hongos y más hongos, de todas las clases conocidas, pero de un tamaño extraordinario. A primera vista parecían clavos antiguas incrustadas sobre las tumbas de los guerreros que las empuñarían en vida. Luego se notaban las diferentes especies con sus formas peculiares. La *girolla*, semejante a una copa de bordes desiguales; la *helvela*, de sombreroete alechugado, conocida vulgarmente por la denominación curiosa de «orejas de Judas»; la *oronja*, la *hydna*, la morilla, con sus características conformaciones, y, en fin, todas las variedades del hongo crecían a sus an-



chas en aquel espacio desarbolado, que a la luz de la luna adquiría un aspecto tan extrañamente fantástico, que los niños no se cansaban de mirarlo, entre atemorizados y curiosos. Y así estaban, cuando les pareció escuchar un bisbiseo de gente que hablaba en voz baja cerca de ellos y que fué creciendo, creciendo como la marejada de un mar en miniatura. Los niños, como a nadie veían, supusieron que todo aquel rumor provenía de los insectos; pero su creencia cesó de punto y su terror aumentó en grado superlativo, al ver que los hongos se desprendían del suelo y avanzaban hacia ellos agitando en el aire amenazadores. En un principio, no vieron más que los hongos, pero conforme se acercaban a ellos, observaron, con los ojos desmesuradamente abiertos, que la causa de aquel aparente prodigio eran unos hombrecillos, de dos palmos de estatura, barbudos y mal encarados, que empuñaban aquéllos a modo de cachiporras.



Los feísimos gnomos caminaban lentamente, gritando como diablos y haciendo molinetes con sus extrañas armas. Seguros de su presa, se complacían en demorar el asalto a las pobres criaturas, que, no pudiendo soportar aquel terrífico espectáculo, cerraron los ojos, dándose por muertas.

Súbitamente, un resplandor vivísimo se extendió por el bosque, cesaron los gritos, huyeron los gnomos a la desbandada y una voz melodiosa murmuró junto a los niños:

—No temáis nada; yo os salvaré.

Salieron los niños de su letargo, y abriendo los ojos, se encontraron frente a frente con un niño como ellos, pero tan bello, que no parecía de este mundo. Vestía una túnica blanca de lino ceñida a la cintura por un cíngulo morado, calzaban sus pies sencillas sandalias y su mano derecha empuñaba una especie de báculo en forma de cruz latina. Su pura frente esplendía nim-

bada por una claridad que en vano se trataría de comparar con ninguna de las luces conocidas por el hombre.

Sebastián lo reconoció en seguida. «Es el Niño Jesús», dijo a la niña. Y ambos cayeron de rodillas ante el aparecido, que alzándose dulcemente y dirigiéndose a Sebastián, cantó más bien que dijo:

—Ayer te compadeciste de mí al ver mi desnudez en un pesebre, y quiero premiar tu buen corazón concediéndote lo que más desees. Seguidme los dos, que voy a sacaros de este bosque encantado donde todos los hombres se extrañan, porque éste, sabedlo, es el bosque de la ilusión.

Siguieron los niños al Niño-Dios, y al poco rato, dieron con una hermosa casa, situada en el centro de un florido jardín que un valladar de espino circundaba. El cerco carecía de puerta, pero Jesús tocó los espinos con su báculo, y al instante se abrió un espacio por el que pasaron los tres. Cuando llegaban cerca de la casa, el Niño Jesús desapareció dejando tras sí una estela luminosa. Entonces salió de la casa el padre de Berta, se fué al encuentro de los niños, y los abrazó cariñosamente.

En este feliz momento del abrazo, experimentó Sebastián una especie de doloroso pinchazo en la parte más carnosa del cuerpo, y despertó a tiempo que gritaba una voz de mujer:

—Levántate, galopín, que ya es de día.

Era su tía, que, más que con su voz, con un buen pellizco, le truncaba el más hermoso sueño de su vida.

IV

Entre tanto, dirá el lector, ¿qué había sido del caballero desconocido y de la niña? La ubicuidad de que Dios nos ha dotado a los noveladores y a los poetas, me permite responder a la pregunta.

Padre e hija residían en las afueras de la capital en un lindo *cottage* recién construido bajo la dirección de su habitador y propietario, el ingeniero Don Miguel Magbanua, que acababa de regresar de los Estados Unidos después de una larga ausencia, con aquella niña, fruto único de su matrimonio con una compatriota a quien conoció y con quien casó en Los Angeles al terminar su carrera, y de quien, por desavenencias conyugales, hubo de divorciarse a los pocos años de casado.

Su retorno a Filipinas obedecía al natural deseo de ver a sus ancianos padres, quienes gustosos se avinieron a vender su hacienda provincial para vivir con su hijo y su nieta en la capital, donde los cuatro vivían ya en la época que comienza nuestra relación.

Al llegar la Nochebuena de dicho año 1922, el ingeniero, que, como el lector habrá adivinado, no era otro que aquel estudiante del casamiento frustrado, sintiéndose aburrido y un poco triste, tuvo la corazonada de oír la Misa del Gallo donde la oyera por última vez, que fué en Binondo, pero no con la ilusión juvenil de antaño, sino con la melancolía del hombre desilusionado que busca en el recuerdo de lo pasado lo que no encuentra en lo presente ni espera de lo por venir.

Y allá se fué, después de ver que los viejos y la niña dormían.

La secular iglesia de Binondo estaba llena de bote en bote. Trabajo le costó entrar hasta cerca del presbiterio. Había empezado la misa y el sacerdote llegaba al ofertorio, cuando Miguel observó que una mujer del pueblo le miraba con insistencia. Al pronto, la fisonomía de la mujer aquella nada le decía a su memoria; pero, poco a poco, fué despertando en él un recuerdo antiguo; se acordó de aquella pobre mujer a quien sedujo y abandonó contra su voluntad, de las misas de aguinaldo donde se conocieron, de la boda desbaratada... La mujer seguía mirándole. «Si será *ella*?», pensó Miguel. Verdad que el parecido no era mucho, pero teniendo en cuenta los años transcurridos... La abordaría a la salida, y así saldría de dudas.

Pronto supo a qué atenerse. La mujer misma fué quien le buscó a él en el atrio para decirle que le reconocía como al seductor de su hermana. Y con voz en la que se notaba cierta amargura, siguió diciendo a Miguel que su amante de otros tiempos había muerto dos años después de abandonada, dejando un hijo de su desgracia. Miguel se quedó de una pieza. «¿Dónde está ese niño?», preguntó. «Aquí, conmigo», respondió la mujer. «Acércate, Sebastián», agregó. El chico, que estaba a pocos pasos, había reco-

nocido al padre de su amiguita, y acudió contento y presuroso al oírse llamar. La iluminación de la puerta central seguía encendida, por lo que no era difícil examinar al niño. Miguel le miró y remiró con el interés que es de suponer, y conforme lo examinaba, fué notando en la carita y los ojos del niño ciertos rasgos y vivacidad visual característicos de su familia, que le dejaron suspenso. Dudando todavía, pidió a la mujer otras pruebas.

—Existen testigos del nacimiento del niño, y lo que es mejor, su partida de bautismo, por la cual verá Vd. que fué concebido mientras estuvo Vd. en relaciones con mi hermana—dijo la mujer. Y añadió:—Vd. es dueño de reconocer y recoger o no al niño, pero yo le juro a Vd. que es su hijo. Mi hermana, al morir, me encargó que si alguna vez le encontraba a Vd. en la vida, le dijese que el hijito que dejaba solo en el mundo era de Vd., y que lo afirmaba en el momento de morir, cuando no es posible la mentira.

El acento con que fueron proferidas estas palabras, convención por completo a Miguel. Pidió la dirección a la buena mujer, y besando al niño, se despidió de ellos has a muy pronto.

Una hermosa mañana del mes de Enero siguiente, mientras los pájaros gorjeaban y el sol volvía una vez más a fecundar la tierra con sus vivíficos efluvios, la linda hijita de Don Miguel, que se entretenía en bañar su muñeca en un diminuto estanque del jardín de su casa, vio llegar a su papá con un niño muy bien vestido, que la miraba con cariño inefable, no exento de timidez. «Aquí te traigo—le dijo su padre—un hermanito que se había perdido por esos mundos de Dios. El te conoce ya y te quiere mucho. Quiérela tú también.»

